



la las falencias estructurales de nuestro sistema de protección social. Al igual que otros aportes estatales, funciona más como un parche de emergencia que como una solución. Las causas estructurales –pensiones bajas, precariedad energética, insuficiencia en salud y el alto costo de vida– siguen sin un soporte sólido.

En un escenario ideal, los bonos estacionales no deberían ser necesarios para garantizar la supervivencia. Sería más justo contar con apoyos permanentes durante todo el invierno, considerando que el costo de vida actual supera ampliamente lo que cubre el bono. Se requiere avanzar hacia políticas públicas que fortalezcan el sistema previsional, implementen subsidios energéticos bien focalizados, mejoren las condiciones de vivienda para enfrentar las bajas temperaturas y amplíen la cobertura farmacológica.

Judith Guajardo

Bono de invierno

● El bono de invierno comenzó a implementarse en 1989, durante el gobierno de Patricio Aylwin, como una medida excepcional destinada a apoyar a los adultos mayores con menores ingresos durante los meses más fríos. Desde entonces, se ha convertido en una política social recurrente, entregada cada año, con el objetivo de aliviar –al menos momentáneamente– el impacto del frío y los gastos que aumentan en invierno.

Aunque a veces es percibido como una medida asistencialista, constituye una ayuda necesaria y esperada cada mes de mayo para millones de pensionados que sobreviven con ingresos mínimos. Para muchos, esos \$81.257 entregados pueden marcar la diferencia entre comprar medicamentos o pagar una cuenta de electricidad. Sin embargo, este beneficio también reve-